

## Un resultado extraño

20/2/73

En la fría región ucraniana se encontraban los laboratorios donde todo sucedió. Aquel día quedaría en la memoria de quienes estuvieron involucrados, y ojalá jamás salga a la luz lo que allí se descubrió.

Los Laboratorios Shakthar eran una de las muestras de poderío científico más sutilmente establecidas en las últimas décadas: vastos establecimientos subterráneos con una infinidad de pasillos y ascensores que descendían hasta profundidades insondables. El día a día en este lugar era casi sofocante: se negaba la entrada de cualquier fuente de luz natural, y lo único que salía de esas bases era papelería o sustancias en estudio. Las paredes, hechas de aleaciones de varios metales, ofrecían seguridad para la realización de los experimentos, pero su color apagado y grisáceo daba un aire sombrío, gótico... casi decadente.

"LEALTAD AL GOBIERNO. SIEMPRE CON LA CABEZA EN ALTO HACIA EL FUTURO. EL PROGRAMA 'Коюз' ES LA LLAVE DEL ÉXITO. OBEDEZCA AL RÉGIMEN."

Se escuchaba más de una vez por los parlantes, con una voz monótona, pero autoritaria.

Entre los miembros que trabajaban activamente en las instalaciones había científicos de todas las ramas: físicos, químicos, astrónomos, geólogos, electrónicos e ingenieros, entre muchos otros. Dos de ellos destacaban especialmente:

Ivan Tanislov, un joven pero innovador químico soviético, y Mark Ruthfer, un experimentado y hábil físico alemán.

Ivan provenía de una familia algo adinerada y se había graduado con honores en Química y Biología en la Universidad Estatal de Moscú M. V. Lomonósov. Ruthfer, en cambio, venía de una familia humilde de la República Democrática Alemana, donde estudió en la Universidad de Múnich, graduándose también con honores en Física y Matemáticas.

Ambos se conocieron en 1971, cuando Ivan consiguió trabajo en la organización gracias a su prestigio. Fue destinado a los laboratorios Shakthar, donde Ruthfer ya trabajaba. Compartieron la misma oficina y laboratorio

desde entonces, consolidando una peculiar pero efectiva dupla. Y aquel día, sin saberlo, vivirían uno de los momentos más trascendentales de sus vidas científicas.

—¿Viste el último partido del Dinamo Dresde? Fue una paliza. Estamos en condiciones de quedarnos con el título de liga, y quizás... la Copa de Campeones —comentó Mark, entusiasmado.

—No seas ingenuo, Ruthfer. Tu equipo no tiene talla para pelear con los grandes. El CSKA Moscú es superior —respondió Ivan con sorna.

—¡Ahh! ¡Puras falacias! —rió Mark.

En ese momento, entró Dmitri Volkov, jefe de la instalación.

—Dejen sus debates futbolísticos a un lado y escuchen esto.

Ambos acataron la orden y se pusieron atentos.

—Me acaban de informar que se ha logrado extraer algo nuevo de las minas.

—Genial —dijo Ivan con entusiasmo—. ¡Por fin algo verdaderamente interesante que hacer!

—No te ilusiones demasiado, colega —intervino Mark—. Seguro es otra piedra sin valor. En esas viejas minas ya no queda mucho.

—De hecho —interrumpió el jefe—, me informaron que... han encontrado algo nunca antes visto. Y quiero que ustedes dos lo examinen. Para mañana.

Ambos científicos se miraron con seriedad, sabiendo que el tiempo jugaría en su contra.

—Señor —dijo Mark—, usted sabe que ante una nueva sustancia se necesita al menos un mes de pruebas rigurosas.

—Lo lamento —interrumpió Volkov, con firmeza—. Esta orden viene de más arriba. Sería una lástima que se quedaran sin ocupación si no lo logran.

—Está bien, señor. Lo haremos. Y si todo resulta bien... queremos un ascenso —dijo Ivan sin pensar demasiado.

—Shhh... eso es mucho pedir, y usted sabe que aquí no practicamos esas... costumbres americanas —respondió el jefe, apretando el puño. Su figura robusta imponía respeto y hasta temor.

—No lo escuche, director. Es joven... no sabe lo que dice —intentó calmar Ruthfer.

—Usted sabe cuándo hablo en serio —intervino Ivan nuevamente—. Y por trabajar duro por la Madre Patria, merecemos algún beneficio...

Hubo una intensa guerra de miradas entre el director y el joven químico, que habría puesto los pelos de punta a cualquiera.

—Mmm... bien —gruñó el director, acercándose al oído de Ivan—. Solo porque son de los cerebros más preciados aquí... pero si mañana no tengo los informes sobre mi escritorio... habrá consecuencias graves —dijo lo último con un tono casi cruel.

—Así será... —respondió Ivan con voz baja pero decidida.

Tras decir esto, el jefe se retiró, no sin antes lanzar una última mirada desde la puerta. Los científicos soltaron un suspiro apenas se fueron las pisadas. En ese instante, una cápsula llegó por el sistema de tuberías junto con un informe de campo. Ambos se acercaron con curiosidad y algo de asombro.

—Menudo lío en el que te metiste, Ivan... y yo que quería usar este tiempo para avanzar con la hipótesis de Riemann —bromeó Mark.

—Ni aunque vivas cientos de años vas a resolver eso, Mark... Es meramente imposible. Así que... pongamos manos a la obra con esto —respondió Ivan, tajante.

Ambos trasladaron la cápsula con un carrito para mayor seguridad. Ruthfer guiaba mientras Ivan empujaba. Recorrieron pasillos desolados, grises, con una opresiva falta de luz, hasta llegar al ascensor. Descendieron en silencio.

—Es una locura... probablemente estamos ante un nuevo elemento nunca antes visto y tenemos solo un día para analizarlo —se quejó Ruthfer.

—Paciencia, compatriota germano. Sé que esto es difícil, más aún por la magnitud del hallazgo. Pero lo hacemos por la Madre Patria —respondió Ivan—. Además, quizás obtengamos una buena remuneración... y quién sabe, un Nobel.

Ambos dirigieron la mirada hacia la cápsula. En su interior, había una sustancia negra, viscosa, de aspecto casi irreal. Lo que sí se

sentía con claridad era algo más: una presencia incómoda... casi maligna.

El sonido del elevador los saca del trance a ambos, y salen junto al carrito que transportaba la cápsula. Llegan al área de pruebas y se dirigen a la cámara que les pertenecía para sus investigaciones. Ivan, como buen amante de la ciencia, decide sacar su grabadora, que compartía con su colega, para registrar sus apuntes sobre la sustancia.

—Bien, Ivan, pon la cápsula en el centro — ordenó Ruthfer desde detrás de la ventana de observación.

El joven químico avanzó con el carrito y abrió la cápsula, retirando la tapa con cuidado. Vertió la sustancia en el cristal circular del centro, luego cerró el compartimento y se alejó. Entró a la cabina donde estaba Ruthfer y ambos se colocaron sus lentes de protección.

—Primer informe del elemento 1-6E08. Vamos a inducir una corriente eléctrica de 2 amperios y



380 voltios a la sustancia para observar su reacción —dijo Ivan mientras grababa.

Ruthfer se acercó al panel de control, ingresó las medidas mencionadas y accionó una palanca. Al cabo de unos segundos, unas bobinas se acercaron al centro de la bóveda de cristal gracias al mecanismo automatizado de la sala.

Ivan luego presionó un botón a su izquierda y una repentina corriente eléctrica fue inducida en el aire, haciendo contacto con la sustancia a través de los orificios del cristal, diseñados especialmente para conducir electricidad. Ambos científicos comenzaron a registrar las lecturas, comparándolas con los datos base que ya habían tomado anteriormente.

Gracias al informe de campo, sabían que la sustancia era una especie de ácido: había sido encontrada por unos mineros en una zona rocosa profunda y fue capaz de derretir taladros al mínimo contacto. Incluso, unas pocas gotas provocaron severas quemaduras en la mano de uno de los mineros, a pesar de que llevaba un traje

especial de protección. Por ello, decidieron utilizar una cápsula y una esfera de cristal compuestas por una aleación de titanio y plomo, lo cual resultó beneficioso, ya que el componente no lograba corroer ese material.

—Es... fascinante, el cómo puede... hacer eso — exclamó Ruthfer.

En efecto, las lecturas recibidas por los instrumentos superaban cualquier expectativa: eran distintas, pero al mismo tiempo similares a las registradas en su estado base.

—Parece que... la sustancia adapta su estructura molecular para soportar e incluso... conducir de forma eficiente la electricidad —intuyó Tanislov.

—Ivan, esa cosa lo está haciendo a nivel atómico... incluso más allá... a una escala más fundamental de la materia —dijo con horror y asombro el físico germano.

Ivan apagó el sistema, interrumpiendo la corriente eléctrica. Las bobinas se alejaron y regresaron a su posición inicial.

—Procedamos a la siguiente prueba: su punto de ebullición —indicó Ruthfer.

Ivan presionó otro interruptor, y desde debajo de la esfera de cristal se alzó una estructura rectangular con un mechero de alta potencia. Ambos científicos acordaron iniciar la llama base a 40 °C. Usaron el regulador, encendieron la llama y la mantuvieron en esa temperatura específica.

Las lecturas no variaban en lo más mínimo, lo cual llamó la atención de Tanislov, ya que había trabajado con diversos líquidos a distintas temperaturas y siempre notaba algún cambio. Decidieron entonces elevar la temperatura progresivamente: 50 °C, 60 °C, y así sucesivamente, sin observar ninguna alteración significativa.

Solo al comenzar a acercarse a los cientos de grados la sustancia mostró una ligera variación estructural, aunque nada relevante, lo que generó frustración en ambos científicos.

—Es todo. Sube la temperatura a 500 °C —dijo Ivan, casi con tono de orden.

—¿Está seguro, joven Tanislov? —preguntó con cautela Ruthfer.

—Totalmente. Según mis estimaciones, ese debe ser el punto en que comience a hervir la sustancia.

—Bien... comprobémoslo.

El científico alemán aumentó la temperatura deseada. Los monitores comenzaron a captar variaciones, tal como predijo el químico ruso. No eran cambios drásticos, pero se notaban algunas burbujas negras formándose dentro del líquido.

—Parece que aún sigue haciéndose el rudo —  
bromeó Ruthfer.

—Estamos avanzando, pero comencemos a subir la  
temperatura en intervalos de cientos de grados  
—ordenó Ivan.

Ruthfer asintió y elevó la temperatura hasta  
los 1000 °C.

—Espero que logremos obtener algún resul...

Fue lo último que alcanzó a decir el científico  
germano antes del inesperado suceso.

—¡CARAJOS, RUTHFER, ESTÁ EMPEZANDO A ARDER! —  
gritó Tanislov.

En efecto, al llegar a los 1000 °C, la sustancia  
reaccionó violentamente, generando llamas  
dentro de la esfera de cristal y provocando su  
ebullición.

—¿Cómo es esto posible? ¡La cámara de cristal está aislada del oxígeno! —exclamó Mark con sorpresa y temor.

—¡No tengo idea, pero apágalo de inmediato! —ordenó el soviético, visiblemente alterado.

Ruthfer detuvo rápidamente el mechero, la llama se extinguió y la temperatura comenzó a descender.

—Uff, estuvo cerca. Aunque al menos tenemos las lecturas... que, otra vez, parecen iguales pero distintas a la vez —dijo el físico alemán, ahora más tranquilo.

—Diablos... mmm... No podemos detenernos ahora... debemos continuar —dijo Ivan, apenas esperanzado—. ¿Qué sigue?

—Hay que probar qué tanto se adhiere y corroe un material sólido cercano —respondió Ruthfer con algo más de calma.

—Para eso deberás acercarte y trasladarlo a la zona de al lado. Ponte el traje de aquí —señaló Ivan, indicando el traje especial para protección de elementos riesgosos, también conocido como T.E.P.P.E.R.

Ruthfer asintió, se dirigió al traje y comenzó a ponérselo, ajustándolo a su cuerpo. Ya listo, salió por la puerta y entró a la sala de pruebas, cargando la cápsula que contenía la enigmática sustancia.

Mientras más se acercaba, el aire parecía volverse más denso, transmitiendo una sensación opresiva. Ruthfer sentía que algo andaba mal, pero no se detuvo. La sustancia aún mantenía ese aura de misterio... y una sensación de maldad pura, infundiendo aún más terror en el científico alemán.

Ese sentimiento fue relegado al abrir la escotilla inferior del cristal, permitiendo que la sustancia cayera dentro de la cápsula, la cual cerró con firmeza. Luego, caminó con decisión hacia una mesa donde había un bloque de cobre.

—Todo bien, doctor Mark. Vierta la sustancia en el bloque con extremo cuidado —indicó Ivan por radio, con cautela.

Mark respiró hondo. Sabía que esta prueba era de alto riesgo: la sustancia tendría libertad, pero confiaba en la protección del traje T.E.P.P.E.R. Desenroscó con cuidado la tapa de la cápsula y vertió la sustancia sobre el bloque. Decidió no alejarse, por seguridad tanto del laboratorio como del experimento.

—Todo listo, joven Tanislov. Procedamos a analizar el resultado.

Desde la cabina, Ivan observaba cómo el componente se adaptaba rápidamente a la



superficie del bloque, cubriéndolo poco a poco. El cobre iba perdiendo su color característico, como si su esencia estuviera siendo absorbida por la sustancia.

Un detalle inquietante: el componente actuaba con una neutralidad extraña, como si tuviera conciencia propia... y estuviera colaborando.

—Parece como si tuviera conciencia propia... y está cooperando con nosotros. Esto es... surrealista, y en cierto modo... horrorosamente espléndido —resaltó Ivan, incrédulo y asombrado.

Pero Mark no respondió. Estaba atónito ante el comportamiento del componente. El miedo y la incertidumbre lo paralizaban. ¿Qué era esta sustancia? ¿Cómo era capaz de todo eso? Y, más importante aún... ¿qué planeaban hacer con ella los altos mandos soviéticos al finalizar esta endemoniada experimentación?

—Bueno, parece que la sustancia logra ser bastante corrosiva, resultando en un ácido muy potente —grabó Tanislov en su reproductor, mientras observaba el estado casi irreconocible del bloque corroído.

—Deberíamos encerrarlo, por si acaso. Ruthfer... ¿Mark?... ¿Mark?

El científico alemán no respondía. Su mente estaba sumida en la abrumadora presencia de la sustancia, viendo en ella todos los males concebibles e incluso imposibles, horrores que no debían ser percibidos por una mente humana...

El científico alemán era incapaz de dar una respuesta; su mente estaba sumida en la inmensa y horrorífica presencia del ácido frente a él. En aquella sustancia veía reflejados todos los males, tanto los encarnados como los inexistentes, horrores que no deberían ser percibidos por mentes cerradas.

Mientras tanto, la sustancia comenzó a moverse de forma extraña... como si se preparara para

realizar un movimiento que requiriera una gran cantidad de fuerza.

—¡Mark... MARK... REACCIONA! —gritó Tanislov.

Entonces, el alemán volvió en sí y entró en alerta, pero ya era demasiado tarde.

La sustancia dio un fuerte salto, aterrizando directamente sobre la visera del traje Tepper, oscureciendo toda la visión de Ruthfer y haciéndolo caer al suelo.

—¡RUTHFER, AGUANTA, SALGO Y TE ALCANZO! —dijo Ivan, corriendo a colocarse su propio traje Tepper.

Mark yacía en el suelo, luchando desesperadamente para evitar que la sustancia lograra derretir la visera del traje, sabiendo cuán peligroso era ese material y lo poco resistente del cristal. Intentó detenerla con las manos, pero fue inútil: el compuesto se filtraba entre sus dedos y se adhería con fuerza al visor, comenzando a corroerlo.

—¡AHHHHH! —gritó Mark con toda su fuerza, sintiendo cómo la sustancia entraba en contacto con la piel de su rostro. El dolor era inmenso, tan intenso como el que había sufrido el bloque de cobre momentos antes.

Su cara comenzó a perder forma: su nariz se fundía con el resto del rostro, sus labios eran destruidos, y su visión se volvía una sombra incomprensible al ser sus ojos corroídos por la potentísima acidez de la sustancia.

Entonces, el dolor se calmó apenas un poco. Ivan, ya con el traje Tepper especialmente diseñado para resistir sustancias de alta acidez, logró arrancar el componente del rostro de Ruthfer y contenerlo en sus manos.

—Ufff... bastante cerca... —murmuró Ivan con cansancio y un dejo de miedo por lo ocurrido.

Pero su compañero yacía allí, inmóvil. No parecía haber soportado el dolor extremo provocado por el contacto con la sustancia.

—Ya me encargaré de ti, Mark... —dijo Tanislov con voz apagada, mientras se dirigía a guardar la sustancia en su cápsula.

Sin embargo, contra todo pronóstico... la sustancia emitió un chillido agudo, tan penetrante que desconcertó al científico soviético.

—¿¡PERO QUÉ...!?! —exclamó Ivan.

La agresividad del compuesto se disparó. Comenzó a extenderse por todo el brazo derecho del joven científico, intentando atraparlo y destruirlo, mientras continuaba emitiendo su infernal chillido.

Ivan luchaba con todas sus fuerzas por sacárselo de encima y encerrarlo en la maldita cápsula, pero la sustancia no cedía. Pronto,

comenzó a sentir cómo su brazo dejaba de responder, la articulación se volvía inútil y la carne se disolvía, dejando ver el hueso expuesto.

El traje estaba diseñado para enfrentar escenarios similares, pero no bastaba. Ivan probaba cada configuración posible para detener la corrosión, sin éxito.

—¡AGGHHH, VAMOS, HIJO DE PERR#...! —gritaba con furia y cansancio, avanzando lentamente hacia la cápsula vacía.

La caminata parecía interminable. El dolor era insoportable. La sustancia destrozaba su brazo y los músculos cercanos atravesando el traje como si nada. La fatiga le pesaba tanto como el propio dolor. Cada paso era un calvario.

Finalmente, luego de una agonía extenuante, logró llegar a la cápsula.

—Hasta aquí llegaste... —murmuró con voz quebrada.

Con un último esfuerzo, se arrancó de cuajo la sustancia, junto con un trozo de traje y piel de su brazo, y la encerró en la cápsula.

—Ufff... agh... —balbuceó Ivan, retorciéndose de dolor.

A pesar del sufrimiento, ordenó las instalaciones, resguardó a su colega alemán en una zona segura y archivó todas las lecturas, incluso las recogidas por el traje.

—Aghhh... mmm... —murmuró, hasta que finalmente Ivan se desmayó, con signos vitales deplorables, similares a los de Ruthfer, junto a quien quedó acostado en el suelo.

Lo último que vio antes de cerrar los ojos... y lo que lo infundió con un terror absoluto... fue la lectura final de todos los datos recopilados:

“DIOS ESTÁ AQUÍ. VIENE A TOMAR LO QUE ES SUYO.”